
NO HAY RELIGION MAS ELEVADA QUE LA VERDAD

L
OTO
LANCO

MENSUARIO TEOSOFICO

MARIO

XV Núm. 172 ABRIL 1931

Abril 1931 Núm. 172



MENSUARIO TEOSÓFICO

Órgano de relación entre los teósofos españoles e hispano-americanos

La responsabilidad de los artículos firmados corresponde a sus autores y a los traductores en las traducciones.	Toda la correspondencia, giros, suscripciones y colaboración al Apartado 954. Barcelona - España.

EL TIBET Y LA TEOSOFIA

(APUNTES DE UN FILÓSOFO)

Por el Dr. Roso de Luna

X

La Sociedad Teosófica se ha apartado del Sendero Directo. Un poco de historia

Decíamos en el epígrafe anterior que aún los teósofos de primera hora llevaron a la Sociedad Teosófica la inevitable tara de sus respectivas religiones de orígen que, constitucionalmente, al tenor del segundo objeto de crítica religiosa y cientifica o «estudio comparado», ya tenían, como teósofos, que *superar* en pleno «sendero directo», cual el impúber que se torna púber o como el estudiante que pasa del Algebra elemental donde cada incógnita tiene un valor fijo, concreto y determinado, al Algebra superior, en la que cada incógnita tiene todos los valores en función de los valores de las demás incógnitas.

En efecto, H. P. B. y Olcott dejaron Norteamérica ilusionados por la amistad establecida entre la S. T. y cierta sociedad denominada de la Aria-Samaj cuyos fines no eran precisamente los eclécticos y armonistas de aquélla, sinó «la restauración de las primitivas tradiciones arias», es decir, el Hinduismo, religión que,

por pura y elevada que la consideremos, no deja de ser, al fin, una religión positiva cuyos actuales mantenedores, los brahmanes, en general, dejan tanto que desear en punto a los Vedas, cuanto los jesuítas modernos puedan dejar de desear también en orden al Evangelio. Primer error y primer tropiezo, pues que con la Aria-Samaj, hubieron de tarifar bien pronto los fundadores.

Y vino el segundo error. Ocurriósele a Olcott un buen día ir a visitar a los buddhistas de Ceilán, no sin que, al saberlo, estallase en justa indignación H. P. B., amenazándole, si tal hacía, nada menos que con expulsarlo de la S. T. cuyo carácter de crítica de religiones la ponían muy por encima de cualquiera de las religiones criticadas. Olcott no hizo caso de las amenazas y aun ocurrió algo peor, a saber, que volvió de su triunfal excursión hecho todo un budista y con los gérmenes ya en su mente de un magnífico *Catecismo Buddhista,* hoy traducido a todas las lenguas, con el que puso fin al viejo cisma existente entre el Buddhismo del Norte y el del Sur. Una obra tan laudable en suma, *aunque siempre «de radio estrecho»*, como la seudo-teosófica o semiteosófica intentada hoy por Roma de unir o federar a todas las confesiones del tronco *cristiano,* en lugar de la de unir todas las iglesias, cristianas o no, que sería lo verdaderamente teosófico. Después de esto, el mismo Olcott cuenta en su *Historia,* que, al volver de su gira triunfal, fué calurosamente felicitado por H. P. B., añadiendo, sorprendido, este comentario: «tal desigualdad entre la despedida y el recibimiento, me habrían hecho perder la confianza en la infabilidad de ésta, si algùna vez la hubiese tenido.» ¡Incomprensión grande la de Olcott, de acuerdo con la la ley de que jamás el talento ni el vulgo alcanzaron a comprender al genio! H. P. B. le reprendió muy justamente como teósofo, al cambiar «el oro de la alta crítica religiosa e investigadora de la S. T., por la calderilla de una religión positiva, cualquiera que ella fuese», pero, dentro de este error, no pudo menos de aplaudirle al volver, por su labor teosófica aunque de radio más corto, de unir, bajo un credo común, a dos ramas religiosas en cisma. Oportunista además H. P. B., al tenor de una política de circunstancias y como reacción o protesta contra las gentes cristianas que ya habían empezado a hacer blanco de sus persecuciones, según su costumbre a la S. T., hasta se avino luego a recibir en Ceilán el *pansil* u ordenación buddhista, y estuvo denominándose a sí propia «rabiosa buddhista» hasta los días de 1888 en que en su proemio a *La Doctrina Secreta,* explicó muy claramente la diferencia existente entre la palabra *Buddhismo,* o religión de Sidharta Sakyamuni (uno de los grandes «Buddhas de Confesión» que diría un jaíno), de la palabra Budhismo (con una sola *d* en

lugar de dos), o «Religión de la primieval Sabiduría», tronco científico-religioso de todas las demás que no hicieran luego sino adulterarla, o más bien *Bodhismo* de la raíz sánscrita *bod,* conocer, es decir, no fe y creencia, sino *conocimiento* y *estudio.*

Vino luego Annie Besant, a suceder a Olcott en la Presidencia de la S. T. de Adyar, tras un cisma que hubo de separarla de Judge y de la S. T. originaria neoyorquina, y esta notabilísima mujer, que, deslumbrada como Pablo con Jesús en su primera entrevista con H. P. B., hizo concebir desde su ingreso en la S. T., las esperanzas más halagüeñas, a los cuatro años de ocupar la presidencia, realizó lo que en nuestro modesto pensar y desde el primer momento calificamos de un «golpe de Estado a la Carta Constitucional de la S. T.», puesto que suprimió la *disciplina hermética* en la Escuela Esotérica, disciplina que ya vimos era fiel reflejo del Sendero Directo, dejando subsistentes las otras tres que, al fin y al cabo, desembocan respectivamente a poco que se retroceda, en el paganismo filosófico, en el hinduismo y en el cristianismo más o menos gnóstico, pero cristianismo siempre. Consagróse la Sra. Besant personalmente con gran solicitud a fomentar, dentro de la S. T., las *Escuelas Hindúes* y lanzó al mundo, con el escándalo de muy pocos y el entusiasmo de muchos, la aventurada aserción o profecía de que muy en breve iba a volver Cristo a la Tierra, cobijando esta tan excelsa Entidad, a la personalidad de un joven hindú pupilo suyo y del obispo anglicano C. W. Leadbeater, joven denominado Alcione o *Krishnamurti,* de igual manera que hace 20 siglos el Cristo cobijase a la personalidad de Jesús de Nazareth. Una verdadera hipostásis, entre la humana figura del chico y la divina entidad del *Cristo de las Edades.*

En suma, los objetos críticos y de *estudio* constitucionales en la S. T., venían así a ser dejados a un lado, y en esta misma S. T. nacía un nuevo brote: *una superfetación social tan abusiva como la de destinar un edificio, una iglesia o ateneo, por ejemplo, a fines sociales distintos, fuesen los que fuesen.* La superfetación hubo de ser llamada *Orden de la Estrella de Oriente,* y su fin fué el de reunir en una misma comunión religiosa de nuevo cuño a cuantos «esperaban que un nuevo Mesías iba a dar en breve sus enseñanzas sobre la Tierra.» El Mesías venía acompañado de un su hermano (Mizar) que oficiaría con éste de precursor o *Bautista,* pero que desgraciadamente hubo de ser arrebatado por la Parca a consecuencia de una rápida tuberculosis.

El «nuevo Mesías» y su hermano eran híjos de un pobre hombre hindú a quien, por sus excesos viciosos, la Ley hubo de quitarle la patria potestad, de ambos chicos, la que recibieron, adop-

tándoles, A. Besant y C. W. Leadbeater. Estos últimos criaron a aquéllos como se crían los jóvenes tibetanos que luego han de ser lamas en los monasterios. Años después, el padre de aquéllos hubo de poner pleito a éstos reclamándoles sus hijos, pleito que ganó ante los tribunales de la India, pero que perdió en última alzada ante los tribunales de la Metrópoli.

¿Qué convencimiento; qué impulso íntimo, revelación o política, pudo mover a la insigne A. Besant al lanzarse y lanzar así a los miles de miembros de la S. T. por tales peligrosísimos derroteros *mesiánicos*, en olvido o desprecio de los fines constitucionales de esta Sociedad que, como ya demostramos, son todo lo contrario de cualquier *creencia* o de cualquier *espectación redentora* de hombres que, al tenor del dicho de Proclo, «deben salvarse por sí mismos»? La cosa es de tal gravedad filosófica que bien merece algunas disquisiciones históricas.

La «psicosis» denominada *mesianismo* no es de hoy, ni de ayer. sino de todos los tiempos e hija de quien se reconoce pequeño e incapaz para guiarse por sí en la vida. En la sentencia condenatoria de Jehovah contra Adan y Eva, al expulsarlos del paraíso, iba envuelta la *mesiánica* promesa: «illa condere caput tum» (ella quebrantará tu cabeza). En la sentencia condenatoria de Júpiter contra Prometeo «el divino Titán que alzando su antorcha hasta el Sol, encendió en éste el Fuego del Pensamiento para dársele a sus pequeñuelos los hombres», brota también risueña la esperanza de un Epimeteo, «el hijo amado de un padre enemigo», mesías enviado para romperle y fundirle las cadenas que le mantenían aherrojado en la cima del Cáucaso. Los profetas de Israel, en sus lamentaciones contra «el pueblo de dura cerviz», siempre anunciaron el consuelo de un Liberador, y sus profecías, al decir de los cristianos, viéronse todas comprobadas y consumadas al nacer Jesús «el Cristo Hijo de Dios vivo», aunque la mayor parte del pueblo hebreo no quedase muy convencida de esto último y siga todavía esperando al consabido Mesías... En la época de Fernando IV de Castilla, en fin. es también fama que, durante unos años, corrió por el mundo el vaticinio de una segunda venida del Cristo, por lo que muchos infieles se convirtieron» (Moreno Espinosa, Historia de España, nota a aquel reinado). Datos de esperanzas mesiániscas como éstas fueron recogidos de mil partes y tiempos por las numerosas publicaciones de la *Orden de la Estrella* donde pueden verse, y casi no quedó nadie por convencer y por esperar entre los confiados teósofos, que así mostraban no haber leído o comprendido el tomo «*Religión*» de *Isis sin Velo* (donde se habla con más claridad que en parte alguna acerca de la excelsa y falsificada personalidad del

Jesús de Galilea); ni menos la famosa obra del conde de Brossi (Milesbo) de «*Jesucrito no ha existido*», por lo que, antes de preocuparse de la «Segunda venida de Cristo», había de *estudiarse* bien o sea teosóficamente si vino y cómo vino la primera. Finalmente, tales cobijamientos del Cristo, antes sobre Jesús y hoy sobre Krishnamurti, transcendían a la legua al más sospechoso espiritismo, creencia en las que las entidades más o menos excelsas, guías o buenos espíritus suelen, dicen, venir solícitos sobre las cabezas de los mediums en trance, por lo que no fueron pocos los espiritistas que, sin cuidarse poco ni mucho de la S. T. que tan terminantemente condena a la fenomenología espiritista como a «un materialismo espiritual», engrosaron las filas de la Orden de los nuevos «reyes magos» seguidores del divino Niño y de su *Estrella*,

Paralelamente a las actividades de la repetida Orden, se desarrollaron otras, en número indefinido, cual plaga de gusanos en el muerto cuerpo de la S. T.: *Orden de la Estrella, Orden de Servicio; Cadena de Oro; Tabla Redonda*, etc., *Caballerías* al estilo medieval, capaces de hacer perder el seso a los más ponderados hidalgos manchegos y no manchegos... Diríase que los arteros «hijos de Loyola» habiánse adueñado de la antes rebelde y crítica S. T. fragmentándola en mil pedazos como la serpiente *Tiphon* egipcia al divino cuerpo de Osiris, y se habló, en fin, por los propios líderes A. Besant y C. W. Leadbeater (este último obispo sin carácter oficial, que sepamos, en la S. T.), de una *Religión Universal y de una Iglesia Católico-liberal*, con sus dogmas, ritos, sacramentos, jerarquías clericales, etc., etc., siendo harto sincero nuestro dolor de viejos teósofos librepensadores y críticos al ver excelentes consocios comulgando u ordenando sacerdotes como tales obispos...

Mas, como según el adagio, «no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague» (llegó el momento esperado en que el nuevo «Mesías», —previamente educado en Oxford y aleccionado en conocimientos que un tutelado del Cristo jamás debió necesitar pues que Jesús discutió con los doctores, en lugar de aprender de ellos—, se diese al mundo, y el resultado fué el que menos podían esperar los crédulos de la *Orden de la Estrella*. En efecto, *el Deseado*, surgió de improviso, joven, guapo, atrayente, educador y simpático, dando al traste, por primera providencia, con la crédula Orden; no afirmando ni negando su pretendido mesianismo; rechazando toda sociedad, todo ceremonial, toda jerarquía, toda creencia o dogma, todas las formas, en suma, ya que a su juicio y al nuestro, no son sino otras tantas cadenas o prisiones que impiden la libérrima expansión del espíritu, proclamóse

en fin, Krishnamurti «teósofo y no teósofo»; rebelde a toda traba, cual corresponde—*en sus cantos,* por supuesto, *que no en la vida* —a un excelente discípulo del gran Rabindranath Tagore, cantando como éste que él es la gota de rocío, el destello del alba, la nota que se dilata por el ámbito aéreo, el perfume, la juventud, la alegría, en una palabra, todo lo grande, todo lo optimista, todo lo estimulante o impulsador de nuestras actividades, porque según sus propias palabras **"hay que vivir la vida".**

Esto es sublime poesía; conocimiento efectivo de lo que es la la esencia de nuestras actividades de aquí abajo y juego natural de los contrarios que a la vida mantienen, al tenor de aquellas frases de Krishna a Arjuna de «yo soy la virtud del bueno y la maldad del perverso; la sonrisa del deva y el puñal del asesino; la luz del Sol y las tinieblas del Abismo», etc., etc.

Pero si la Poesía es el Ideal y lo más excelso y consolador que tiene la Vida, la Realidad pretendida que trae en su fuero interno el simpático y joven *naldjorpa* Krishnamurti, es que el Hombre según Hermes, es la gran maravilla: *la Bestia* ligada con *el Angel* mediante el collar o lazo del Alma inteligente y razonadora; y el contrapeso de la Realidad exige hacer de ésta *la más difícil poesía de adquirir, mediante el estudio, el conocimiento* que luego *ha de ser racionalmente aplicado a la vida,* queremos decir que sin *el estudio,* nuestra vida es de bestias y no de hombres y que el problema de la *Mente* y el de la *Asociación* son los dos problemas fundamentales *hasta para poder hacer poesía,* la sublime poesía que quiere Krishnamurti.

Tal es, en resumen, el estado actual de la S. T. tras el golpe de Estado, que, al igual que en la política de tantos países, dióse antes mismo de la gran guerra, o sea en 1911, en el seno de aquella, y a consecuencia de ello, como dice un culto escritor amigo nuestro bajo el seudónimo de *Levy Mahim* en un popular diario : venticas de discordia son las que corren en la actualidad por el mundo teosófico, pues sus adictos afrontan una situación difícil, atravesando la S. T. aguda crisis por dicho conflicto, que, aunque interior, es de vida o muerte para la S. T.





¿LIBRE ALBEDRIO O FATALIDAD? [1]

Por Julio Garrido

(Conclusión)

El hombre es responsable del uso que haga de la interna energía de su voluntad consciente, primera expresión de su yo. Es responsable, por el bien o el mal que su uso o abuso causen en la sociedad. La misma Ley humana, no tiene en cuenta si el que delinque ignoraba o no las leyes; pues es principio de derecho que «la ignorancia de la ley, no exime de su cumplimiento», principio, a primera vista discutible, pues, ¿cómo va a cumplimentarse aquéllo que se ignora? La generalidad de los criminales reconocen que han obrado por un impulso irresistible, su energía interna estaba mal orientada por múltiples circunstancias, generalmente externas, no pudiendo dominar sus vehículos, mente, emociones, pasión, apetencias, por la debilidad de su yo superior, de su destello divino, velado entre las brumas de la materia concupiscente, de la esencia elemental que decimos en Teosofía.

La Ley cósmica, que llamamos Karma, tiene también muy poco en cuenta que nuestros actos tengan un motivo que nos parezca plausible, ni nuestro descuido, ni nuestro olvido de las inevitables consecuencias, ni tan siquiera las costumbres, que son otras tantas cortapisas a la pretendida omnímoda libertad o libre albedrío, que muchos imaginan tener, siendo en realidad esclavos de sus mezquinas personalidades. Karma, la ley universal de ajustamiento, de acción y reacción, que actúa lo mismo en mecánica que en el mundo moral, ajusta y sanciona los actos, sean físicos, emotivos, pasionales o mentales; es decir, el modo de influir en los demás o en el universo, haya o no habido elección previa o plena independencia para realizarlos; es decir, sin que el libre albedrío juegue en las consecuencias de esa actuación, próximas o remotas, en este o en otro mundo, en esta o en otra vida, en cadena de sanciones y ajustacimientos inexorables, pero de perfecta justicia.

(1) Conferencia pronunciada en el Ateneo Teosófico.

La lógica del determinismo, la reconocen los más acérrimos defensores del individual libre albedrío, lo que indica la verdad subyacente en esa doctrina. Vemos que el hombre no puede llamarse libre mientras le arrastren costumbres, idiosincracias, emociones, temperamento, pasiones, atracciones o repulsiones. El hombre no es libre, es decir no está desligado más que cuando su voluntad, su fuerza interna, coincide, se identifica con la fuerza interna de la Deidad Lógica, del Logos; consistiendo su libertad en ser esa misma fuerza que mueve los mundos de nuestro sistema; es decir, no en ser *independientes* que es lo que se entiende corrientemente por «ser libre», sino precisamente en ser absolutamente dependiente, siervo a la Deidad como una de sus múltiples expresiones. Pero esta *dependencia,* y esta unión con la voluntad divina, que han sentido en una u otra forma, con uno u otro nombre los hombres más elevados o místicos, sabios, inventores, héroes, filántropos o santos, precisamente al perderse la gota en el océano o el océano en la gota; el actual siempre según la Magna Voluntad cósmica, Mahat, que es una secuencia que lleva en sí a todas sus criaturas en una forma que bien puede llamarse fatal, conduciendo a cada una según su destino propio. Esto se parece extrañamento al Fatalismo; y si lo llamamos libertad, será la libertad del Logos, que no sabemos tampoco hasta que punto depende de seres aún mucho más gloriosos y exaltados; en cuyo caso su libertad misma absoluta será su absoluta dependencia, su absoluto destino, su absoluto fatalismo. Por algo la serpiente mordiéndose la cola forma parte del sello de la S. T. Lo absoluto es lo neutro, y la neutralización ocurre, cuando los extremos se tocan. En el Universo hay toda clase de posibilidades; y fatalismo y libertad son términos relativos y coexistentes. No hay absoluto ni hay ni puede haber absoluta libertad.

Creo, pues, que todos o casi todos nosotros, convendremos en nuestro fuero interno, en que no existe la fatalidad absoluta, como tampoco existe la absoluta libertad. Por mi parte, opino que lo que existe es la fuerza interna, el poder incontrastable del espíritu de que derivan las *capacidades* más o menos dependientes del medio, según aquella fuerza esté manifiesta o oculta.

El concepto de la energía potencial incontrastable que todo sér posee, por un lado, y por el otro la noción de la existencia de una providencia cósmica, nos tienen que dar una confianza sin límites en nosotros mismos. Por un lado sabemos que en cada uno de nosotros están potencialmente todas las energías infinitas universales; por otra parte, conocemos que la providencia nos colocó en el medio y ante los obstáculos o las facilidades que necesita el mundo, y que necesitamos nosotros, para educir y poner de ma-

nifiesto de un modo actual, las energías que por el momento somos capaces de actualizar. Así, pues, el resultado tiene que ser una gran conformidad en lo que somos nosotros mismos y en la providencia que nos rige. Los esfuerzos y penalidades que nos impone el medio en que vivimos, por dolorosos que sean, nos sirven para que esa interna energía salga al exterior, y sea, ya en lo sucesivo, una capacidad adquirida o en vías de adquisición. Las privaciones y destrucciones de formas amadas, a que el medio nos condene, son otras tantas manifestaciones de la realización del plan de la Providencia universal.

Esto, sólo en líneas muy generales. Claro está que aquí tenemos que enfrontar el problema del dolor, que según nos dice el Maestro (por boca de H. P. B. en *La Clave de la Teosofía),* a veces es *inmerecido,* producido por los demás al manifestar la parte inferior de sus insensatas personalidades.

¿Qué es el dolor? He aquí un asunto muy poco tratado, y que convendría esclarecer. Hay muchos dolores: físicos, emotivos, mentales, y en resumen podemos decir, que hay tantos dolores cuantos son los principios, los organismos, las actividades de la *personalidad.* El Ego divino es la expansión, es la vida misma en su propia fuente, es la unidad, es la armonía, es la felicidad. Lo que sufre no puede ser aquéllo que es lo eterna beatitud; sino lo caduco, lo perecedero, lo temeroso, lo personal. Sufren las personas, no los espíritus que están por encima del sufrimiento, pues su esencia es la plenitud, como focos que son del océano de Luz inteligible de que dimanan.

Veamos ahora *cómo* se manifiesta el dolor. Y claro está que yo sólo puedo hablaros de mis personales experiencias, que pueden variar en los demás. Empecemos por el dolor físico. ¿Qué es un dolor físico? Generalmente se manifiesta porque *sentimos* el órgano que nos duele, que hasta aquel momento permanecía ignorado, perdido en lo subconsciente. El que está sano, no siente su cuerpo: lo emplea sin preguntarse si responderá: su automatismo admirable responde a todo. Pero que nos duela algo, un brazo, una muela: inmediatamente *sentimos* que tenemos aquel órgano; hay allí una diferenciación, una limitación, un algo que atenta contra la integridad y buen orden del cuerpo y que desasosiega, clama, protesta y perturba a éste. El dolor es la destrucción de esas armonías orgánicas del hombre sano, la protesta del resto del cuerpo, que tiende a la repetición del ritmo que hasta entonces llevó y que se ve de pronto perturbado. La conciencia física del cuerpo, se opone al cambio brusco, se exaspera, se retuerce en su momentánea impotencia. Si se trata de una infección, viene la lucha entre los defensores del organismo y los atacantes, la fiebre, la in-

consciencia, o sea el abandono de la consciencia, el desmayo (o sea la salida de Maya), el espíritu que se desentiende por el momento de un vehículo hasta que éste responde a su influjo. El dolor diferencia y delimita; en él se originan los grandes procesos de segmentación, de división, de expulsión, de inflamación, de todo lo que va contra la quietud y el bienestar del cuerpo. La expulsión de los óvulos en la mujer, es con frecuencia dolorosa; y la suprema segmentación en la especie humana, el parto, ya sabemos los sufrimientos que consigo lleva. Por algo se ha representado el sacrificio como un acto de la Divinidad al crear sus mundos, es decir como un acto de dolor, de desarmonía, de diferenciación y de despedezamiento interno como ocurre en la alegoría de Padmapani en el tercer tomo de la «Doctrina Secreta», cuya cabeza estalla en mil pedazos ante la maldad de los hombres, fríos y sin corazón.

Los anestésicos pueden ahogar el dolor. Son como una mordaza puesta al público que grita y vocifera contra un acto que le exaspera y le irrita. Permiten así intervenir al cirujano, o calmar las torturas por unas horas, al apartar la atención, al aislar la conciencia recluyéndola en la parte más retirada y subconsciente, en el doble etérico según las obras teosóficas. Pero en realidad el sentimiento de diferenciación interna, la dificultad funcional, y la protesta orgánica, el sentido de privación, la idea del vacío, de la carencia de algo, la imposibilidad de reposo, y el látigo agudísimo de los nervios exasperados que no pueden restablecer su corriente funcional, perduran en el fondo de los procesos, aunque amortiguada su vitalidad por la acción del cloroformo o de la morfina, cuyos efectos momentáneos ya sabemos que son muchas veces placenteros sobre el doliente, que rie, canta y manifiesta vivo placer, que contrasta con su triste condición física.

El dolor emotivo ocurre cuando nuestros afectos o nuestros entusiasmos sufren una limitación, un apartamiento, una división, alejamiento o separación. A veces está muy ligado con el amor propio, el apego que tenemos a nuestra personalidad, aunque éste es más frecuente esté todo entero en la mente inferior, en nuestro yo personal, que es el princicio mismo de la diferenciación, lo que nos hace ser personas, es decir, caretas o máscaras del verdadero Yo. En ese yo personal se originan la mayor parte de los conflictos del hombre de nuestra 5.ª raza raiz, por su misma preponderancia relativa actual.

En los choques que tiene que sostener, en los vapuleos que tiene que sufrir su vanidad, su propia afirmación, aprende a darse cuenta de su pequeñez y de los progresos que esto le aporta.

Llegamos así a apreciar que nuestro esfuerzo no es perdido, y

que todo (aún lo más malo al parecer), conduce, a la postre, a ponernos de manifiesto lacras y limitaciones que tenemos que vencer o que *tiene que vencer el medio en que vivimos,* si por fortuna para nosotros, nos encontrásemos en un nivel moral superior al de ese medio que nos rodea, lo cual puede ocurrir en ocasiones, aunque no sea lo corriente en la mayoría de los casos.

Al adoptar esta actitud perderemos el orgullo, que nos acecha si nos llegamos a creer que somos absolutamente dueños siempre de nuestro destino, y que en resumidas cuentas todo lo que hagamos, «bien hecho está» puesto que somos nosotros quienes lo hemos hecho. Este concepto a que hemos llegado nos muestra que nuestra voluntad nada puede, si el plan de la providencia tiene dispuestas las cosas de otro modo que como nosotros quisiéramos; pues nuestra interna energía ya no tendrá entonces tras de si más que los limitados medios de sus vehículos; y la gran marea de las fuerzas cósmicas, universales, la llevará irresistiblemente, en sus ondas, hacia su verdadero destino, y a pesar suyo.

Por otra parte, sabemos también que contando en potencia con fuerzas infinitas a nuestra disposición, si nos orientamos en la vida de modo conveniente a aquel gran conjunto de que formamos parte integrante, nuestro poder, nuestras energías actualizadas, llegarán a ser verdaderamente ilimitadas prácticamente; pues esa energía interna crecerá, se desenvolverá, si la cultivamos; y, en el transcurso de las vidas sucesivas, llegará a ser prácticamente infinita, pues tendrá tras de si todas las posibilidades de enfocamiento y aplicación de las fuerzas incalculables, del Logos mismo, del Verbo, de lo que llamamos Dios. Somos una potencia cósmica en germen. Podemos desarrollarnos como tales, con tal de que consigamos emanciparnos de nuestras limitaciones, libertarnos de la influencia e impulsos inferiores, y de la mancha de miedo, propio de la materia y de lo que puede morir. Tal es la liberación de que hoy nos habla Krishnamurti, como antes nos hablaron otros instructores, y admitida la reencarnación, como el tiempo no nos urge, pues tenemos una eternidad por delante, siempre podremos llegar a la meta,

Y aqui termino mi trabajo. He tratado en él de aclarar conceptos oscuros, y me daré por muy satisfecho si he conseguido presentarlos bajo una nueva luz. Y como esos conceptos son fundamentales en la existencia y hasta son bases principales de nuestra moral, de nuestra conducta, creo firmemente no haber perdido el tiempo por completo. De las consideraciones aducidas, puede salir un nuevo modo de enfocar las cuestiones, haciéndonos más útiles, más seguros de nosotros mismos, respecto de nuestras posibilidades; más humildes, en lo referente a nuestras

capacidades actuales, aún sometidas en parte, a la tiranía de los sentidos, de las pasiones, de las emotividades, de las limitaciones engañosas, de los temores propios de la mente inferior, del elemental físico, del instinto de conservación y de concupiscencia del cuerpo fisiológico.

Esto que intentamos en este trabajo, es precisamente labor básica de la alquimia espiritual, que se propone el tercer objeto de la S. T., y que precisa tratar de encauzarse en las directivas espirituales de un centro teosófico, como el que nos cobija, y en el seno de la confianza fraternal que concedemos a cuantos nos honran con su presencia.



EN EL GRAN ORGANISMO

En el gran organismo de la Vida y la Muerte
todo yace previsto, todo está prefijado;
un profundo misterio que les rige se advierte
en la trama infinita que les ha regulado.

Sabia, sabia fecunda es la causa inmutable,
que a la par les mantiene, como a hermanas, unidas;
nadie vive ni muere que no esté en lo insondable
de su arcano, cual cosas que ya están convenidas.

¡Es tan hondo el misterio que les rige, tan hondo!
que el espírinu siempre retornó, confundido,
cuando quiso, insensato, penetrar en su fondo
y obtener del enigma lo que nadie ha obtenido.

¡Es profundo el misterio! Mas en todo a manera
de cristal, que la vista frente al sol no percibe,
trasparente y ufano, se presenta do quiera,
en aquéllo que muere y en aquéllo que vive.

Y es que en todo resalta sin doblez, de tal suerte
que pensamos—y el alma se recoge, abatida—
si es la Vida el imperio donde mora la Muerte,
o es la Muerte el imperio donde mora la Vida.

J. Maceo Verdecía

(De *Horizontes* — Cuba-Bayamo).



LA INSPIRACION EN LA HISTORIA

Por Eduardo Schuré

En todo el antiguo ciclo de la humanidad entendiendo por ello el que precediera al cristianismo, la inspiración frecuente o continua se consideraba como uno de los esenciales elementos de la vida social.

Tanto en Asia, en Africa como en Europa, según universal creencia, la inspiración era la forma principal en que que actuaba sobre la humanidad Dios o los Dioses.

De ello provenía la fundación de santuarios, de cultos religiosos, el poder de los reyes y la obra de los héroes. En una palabra: las primeras impulsiones de lo que llamamos civilización.

Los sabios y filósofos sustentaban opiniones diversas respecto a la naturaleza y valor de tal inspiración, pero jamás discutían el origen ni su existencia. Habían en verdad incrédulos, pero constituían una excepción y hablamos con asombro de la edad aquélla en que:

«con trescientos mil dioses no quedaba ni un ateo...»

Además, los sacerdotes raramente disputaban de santuario a santuario y se hallaban de acuerdo aun entre pueblos enemigos.

No ha llegado hasta nosotros eco alguno de querellas teológicas entre Babilonia, Nínive, Susa, Tebas, Tiro, Delfos, Eleusis, Samotracia, etc.

Admitíanse fácilmente por lo común divinidades nuevas de segundo orden y, cuanto más cultos eran los sacerdotes, mejor sabían que los doce grandes dioses, casi idénticos bajo distintos nombres, respondían en todas las naciones a fuerzas cósmicas, a una jerarquía espiritual y que se hallaban todos bajo el dominio del Dios único e insondable.

Desde luego, tal estado de los espíritus dió lugar a ridículas supersticiones y monstruosos abusos como hallamos en todas las religiones. Es muy natural. Pero no es menos cierto que aquella mentalidad, tan alejada de la nuestra, establecía una más normal relación entre el pueblo y los elegidos, como entre la religión y la filosofía y que otorgaba al conjunto de las civilizaciones antiguas una grandiosa armonía jamás después hallada.

Con la aparición del cristianismo todo cambia. Cristo y sus apóstoles dieron un cambio radical a la humanidad y fué tan ardiente la lucha de la nueva religión contra el paganismo degenerado, que adoptóse la costumbre de concentrar toda la revelación y toda la religión sobre Cristo, tachando cuanto le precediera de grosera superstición o de sugestión diabólica.

No todos los Padres de la Iglesia poseyeron la misma estrechez de ideas y la iniciación perduró entre algunas comunidades cristianas de los primeros siglos. Pero a partir de San Agustín, la fe ciega reemplazó a la gnosis o conocimiento por el Espíritu. Desde entonces la absoluta sumisión a la Iglesia se consideró el único medio de salvación.

Hoy los viejos dogmas se hallan sacudidos violentamente por la ciencia y el espíritu moderno. Contra la ortodoxia intransigente se alza el más amplio concepto en apariencia, pero no menos estrecho en el fondo, de la ciencia y de la filosofía materialistas que admiten en la historia un progreso lento y continuo aunque son incapaces de mostrar la causa primera y la acción persistente. Porque sin prueba y por idea preconcebida, han eliminado de la historia todo lo referente a la inspiración o a la revelación.

Una vez admitido este principio, les constriñe, a despecho de paliativos y reticencias, a supeditar todos los efectos intelectuales, morales y espirituales, a causas físicas. He aquí por qué a pesar de todos sus esfuerzos, no pueden ellas explicar y no explicarán jamás lo que desciende del cielo y constituye la levadura del género humano : el sentimiento religioso, la conciencia moral y el genio.

Y nos hallamos al fin, como antes, en el mismo callejón sin salida. Porque en el dominio de la historia, como en el de la cosmogonía y de la psicología, el agnosticismo clerical y el agnosticismo científico no cesan de alzar y realzar sus enormes ciudadelas, cuyos muros sin ventanas y amenazadoras almenas se oponen al hombre que ansía penetrar en el santuario de la Verdad.

El esoterismo que conoce las fuentes de la eterna Sabiduría que brotan eternamente y doquiera para los que buscan con corazón puro y valor intrépido, contempla la historia de manera distinta.

Desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, la experiencia histórica confirma su concepción ternaria del Cosmos. Todo cuanto se realiza en el mundo visible, existe de antemano y se fragua en lo Invisible.

Ideas, almas, corrientes fluídicas y espirituales, descienden del mundo diurno y pasan por el mundo anímico y pasional antes

de materializarse y de encarnarse en el mundo físico. La inspiración es contínua aunque con grados y formas infinitas.

El hombre puede merecer esta inspiración y conquistarla con su esfuerzo. Las grandes revelaciones son periódicas y se suceden por intervalos con sus obscuraciones temporáneas.

La evolución entera se halla gobernada por leyes generales y realizada tanto por la libertad humana como por los seres divinos que presiden la vida terrestre y planetaria.

La inspiración es la madre del heroismo y su condición intrínsica. Todos somos inspirados en cierto modo y en alguna medida. Nosotros solamente lo ignoramos.

En el hombre de genio como en el héroe, en el vidente como en el santo, la inspiración es tan fuerte que se hace consciente.

Merced a su expansión deslumbradora, percibimos nosotros el ténue rayo de esta misma luz que todos llevamos en nuestro interior.

He aquí porque las multitudes saludan a los héroes como mensajeros del Dios desconocido y expresiones de su alegría suprema.

¿Qué mayor prueba de Dios en el Hombre, de lo Eterno en lo Efímero?

Gracias a los héroes el Entusiasmo (Dios en nosotros) no es una palabra vana, y como una llamada ilumina el supremo esfuerzo por la Verdad suprema.

(De *Confession Philosophique*).

Δ

SÉ DE VERDAD

Hombres, todos somos uno, invariable y permanente. Lo que hace vernos y sentirnos diferentes son los sentidos y nuestras formas inferiores. La Vida es indivisible y compenetra todas las cosas y seres humanos. Por consiguiente, pues, el hombre debe anhelar siempre sentir la unidad con todo.

Hombre, sé de verdad.

RAFAEL RAMÍREZ D.

Tegucigalpa, octubre de 1930



LA FELICIDAD

Por J. G. R.

Hay un precioso diálogo de Platón titulado *Filebo,* en que se discute acerca del significado de la felicidad para el hombre. Filebo y Protarco discuten con Sócrates acerca de esta cuestión; sosteniendo ellos que la felicidad consiste *en el placer,* mientras que Sócrates opina que la felicidad consiste *en la sabiduría,* o quizá «en un género de vida superior al placer y a la sabiduría».

Para dilucidar el tema se estudia por los tres lo que significan el placer y la sabiduría, para averiguar cuál de estas cosas encierra el soberano bien de la felicidad. Sienta Sócrates como base, que el soberano bien de la felicidad debe ser una esencia que se baste a sí misma, que permanezca y tenga conciencia; y ello no puede ser el placer, que no cumple con esta condición, que es una cosa pasajera y carece de inteligencia, saber y memoria. Tampoco la sabiduría sin placeres ni dolores, puede ser suficiente para la vida de los hombres, como expresión de la felicidad. Y no bastando el placer ni la sabiduría para definir la felicidad, se pasa a examinar si pudiera cumplir con todas las condiciones una combinación del placer y la sabiduría. Sostiene Sócrates que en esa combinación el primer lugar le corresponde a la sabiduría; mientras que Filebo opina que ha de predominar el placer para que exista la felicidad.

Entonces Sócrates examina las distintas categorías de seres que clasifica del modo siguiente: 1.° Seres *indeterminados,* que sin variar de esencia, pueden aumentar o disminuir, crecer o menguar; 2.°, los seres *determiuados,* que pueden tener sus iguales, y agruparse formando conjuntos, sumas y múltiplos, y 3.°, su *combinación,* que producirá seres mixtos, tal como la naturaleza sensible nos lo presenta; existiendo además una *causa productora,* de todos esos seres. Y según que la sabiduría o el placer estén más o menos cerca de la causa productora, así deberá predominar la felicidad, en la vida dichosa. Ahora bien; la causa productora tiene que ser una inteligencia suprema, una sabiduría plena; y así pues, la sabiduría es la que se identifica con la causa primera

y queda colocada sobre el placer, en esa vida dichosa. Porque Sócrates observa el Universo y ve en él predominando la inteligencia, en su ordenación, complicación y vida de conjunto. Tiene en cuenta Sócrates que el placer no puede ser una base sólida, pues tiene su contrario en el dolor que le está estrechamente unido, y ambos términos dependen de lo finito de una naturaleza *compnesta,* cuyo desequilibrio produce el desorden con el dolor, y cuyo restablecimiento produce el placer al manifestarse el orden y la armonía de nuevo. Y no sólo el cuerpo tiene placeres y dolores, sino que el alma también tiene dolores y placeres, a causa de la memoria y de la reminiscencia, que son una de las causas del deseo. Y hay placeres y dolores falsos, como lo son las alegrías por un suceso irrealizable y los dolores por una desgracia imaginaria; aunque para el que experimenta unos u otros, esos dolores o placeres tengan una realidad subjetiva, que sólo interpretará al dolor y al placer verdadero, cuando éstos tengan una base consistente en un objeto real, sea físico o suprafísico, anímico.

Hay placeres mezclados con dolor y tan confundidos el uno con el otro que no se pueden excluir mútuamente, como ocurre con quienes los han transcendido en cierto modo; pues en estas almas toda causa de dolor, se equilibra con su opuesto el placer y así puede vérseles serenos y aun sonrientes, allí donde almas más débiles yacen abrumadas por la pena; mientras que toda causa de placer evoca en ellas su opuesto polo de dolor, y les comunica cierta melancolía y seriedad, allí donde los demás dan rienda suelta a una alegría desbordante.

Existen también placeres verdaderos y sin mezcla de dolor, placeres puros, como lo son los goces de la inteligencia, sin turbación, que es donde el filósofo busca y encuentra el reposo. Estos placeres sin mezcla de pena, son tan verdaderos cuanto son más puros, no cuanto más grandes sean. De todas maneras, asegura Sócrates que el placer es inferior al bien, por püro que el placer sea. Porque el placer es *un accidente* tan solo, presuponiendo en una existencia relativa, otra superior que lo experimenta; y siendo inferior a ella no es ni puede ser el verdadero bien.

Si se exigiera el placer en norma de la vida, todo se referiría a los goces, como vamos hoy camino de ello, y entonces, dice Platón, quedarían oscurecidas las más nobles cualidades del alma: abnegación, templanza, inteligencia, fuerza, justicia, honor, concordia y libertad. Así toda moral resulta imposible, se degrada y envilece la vida.

Porque, según dice Sócrates en otro diálogo, el *Fedón,* es de notar que el alma no puede ser comparada con la harmonía de

una lira, como hoy hacen los modernos materialistas, que quieren reducir el alma a un juego automático de las células cerebrales, o neurosas; pues el alma, lejos de ser una síntesis cuando está depurada y libertada de la tiranía de la materia, puede luchar y lucha en realidad, con los sentidos, con las pasiones y con el cuerpo llegando a dominarlos, a mandar, a ordenar. Es además inmutable el espíritu, en cuanto al sentimiento del *yo* idéntico—, sigue diciendo Sócrates—, mientras que los elementos que tiene el yo a su disposición varían continuamente, así como las pasiones y los elementos constitutivos del cuerpo.

Así pues, la sabiduría del alma, tanto más se depura cuanto menos relacionada esté con los fenómenos y accidentes. Platón demuestra en uno de sus Diálogos, en el ***Menón,*** mediante el hábil interrogatorio de un esclavo, que el alma es sabia, aun en los físicamente ignorantes, siendo tan sólo precisa la autoinvestigación, para hacer salir, para *educir* la sabiduría del alma; porque, agrega, «la *reminiscencia* es signo de una vida anterior», y hay que tener muy presentes las palabras «bellas y verdaderas de sacerdotes y sacerdotisas, pitonisas y sibilas, que hablan de la reencarnación», que, según el ***Fedón,*** tiene dos sentidos: el de progreso, ascendiendo a estados del sér, más nobles y aun divinos y el de retroceso, en que el alma inferior, desciende y puede volver aun a los animales.

No hay en realidad una ciencia verdadera que pueda basarse sobre los hechos, sobre lo que pasa : porque la verdadera ciencia es tan sólo la de las ideas universales y necesarias, según Platón. Divide él las ciencias en dos órdenes : las basadas en los conocimientos empíricos, no en la razón—que son de un orden inferior—y las ciencias racionales y reguladoras que han sido aplicadas, concebidas y practicadas de un modo distinto, según las cultiven los hombres vulgares o los verdaderos sabios. La ciencia es tanto más elevada cuanto su objeto es más puro y más alto; y así pues, aquellas ciencias que tienen por finalidad el sér en sí, en su perfección absoluta es para Platón, la ciencia suprema.

Volviendo al tema de la felicidad, no puede decirse sin embargo, que la vida sabia sea también la vida dichosa; porque si bien la vida sabia promete al alma una existencia contemplativa, esto no la satisface por completo, porque el hombre no es un espíritu puro tan solo; y esa vida contemplativa, está por encima de la naturaleza humana *normal;* por lo cual esa naturaleza normal no encuentra en ella su bien, *en esta vida* al menos de un modo completo. Así pues, Sócrates, por boca de Platón, se inclina por la combinación en la vida de la sabiduría con el placer, aunque

desterrando de la mezcla los placeres impuros y desmedidos; conservando los placeres puros, sin goces vivos ni dolor y sin deseos intensos, todo ello dominado por la sabiduría—porque «limitar el placer, es conservarlo».

El diálogo del *Filebo,* puede muy bien complementarse con otros varios, entre ellos con el titulado *Erixias,* en que se ocupa Platón de lo que constituye la verdadera riqueza, cuya posesión es una de las más sólidas bases de la felicidad, cuyo tema discutimos.

La riqueza es más o menos grande según el valor de los objetos poseídos. Lo que tiene más valor que nada, es la ciencia del bien y del mal, o sea, la sabiduría. Así pues, como esto es lo superior es la riqueza por excelencia; y esta riqueza, como todos los bienes, es un bien o es un mal según el uso que de ella se haga. Los ricos de la tierra, tienen lo que generalmente se llaman bienes, es decir, muchos objetos, muchas cosas propias para satisfacer necesidades del cuerpo, para sus comodidades y apetitos. Acostumbrado el cuerpo a que se le dé todo lo que quiere, las necesidades ficticias se hacen más numerosas y exigentes, resultando en realidad esos ricos de la tierra, seres dignos de compasión porque no son libres, sino esclavos de sus cuerpos, de sus goces y apetitos. La riqueza de la tierra, son ataduras que esclavizan el alma. Y así como los sanos son más ricos que los enfermos, aunque estos tengan muchos bienes, el sabio descuella por su riqueza efectiva sobre todos los demás.

Jiddu Krishnamurti tiene una preciosa obra titulada *El reino de la Felicidad,* en la que da por su parte una afirmación rotunda de la existencia de ese estado de dicha que constituye el supremo bien. Dice él así: «Debemos reconocer que solo hay una Ley, una Finalidad, una Verdad, un Reino de la Felicidad; y que solo se puede entrar en él si vivimos de acuerdo con aquella Ley, que es el reconocimiento de la unidad de la vida, de la esencia única de todas las cosas». Tal noción (al menos para él), le da un vívido sentimiento de que nada tiene realmente importancia; una impresión profunda de absoluta certeza, que lleva consigo una interna y absoluta paz que no puede ser conmovida, que no puede ser arrebatada por nadie... «porque es mi própia flor, mi propia creación, mi propio tesoro...» «Una vez lleguéis a esta paz, tendréis fuerza y podréis hacer cuanto querais. ¿Habeis visto en una central eléctrica las gigantescas dinamos que generan electricidad? Están ellas comparativamente silenciosas, aunque sabéis que están continuamente generando energía, una fuerza inmensa. Debéis ser todos como una dinamo, y llenaros de fuerza, de dignidad y de equilibrio. Sólo lo lograréis, si reconocéis y realizáis

esa esencia única de vida, esa unidad y escapais de esta maya, de esta irrealidad.»

Los verdaderos bienes son, en una palabra aquéllos que significan una ampliación, una magnificación de la parte permanente en nosotros, de nuestro espíritu inmortal, llegado al punto de depuración y de identificación con el alma del mundo, para que en él pueda ésta manifestarse con toda su magestad, con todo su poder. Esta magnificación, este verdadero enriquecimiento, este engrandecimiento real y efectivo, es la felicidad, a que acompañará sin duda el séquito de bienes secundarios que necesite para su expresión en la tierra porque, una vez tengamos el reino de Dios, lo demás nos será dado por añadidura; y los bienes terrenos, como son efímeros, como duran a lo sumo una vida tan sólo, y generalmente muchos, no merecen que les concedamos el puesto primero en nuestros anhelos y trabajos. Su verdadero puesto es el último; y la vida del espíritu que es la que congrega o debe congregar a cuantos integran la S. T. y a todos los idealistas y espiritualistas de la tierra, es la que es real, es la que nos puede dar la verdadera riqueza, la verdadera sabiduría, la verdadera fuerza, la verdadera paz, el verdadero poder y la verdadera y definitiva felicidad.

La predisposición del aspirante

Por A. P. Sinnet

No debe esperar a encontrar el aspirante en ningún libro de filosofía oculta escrito o por escribir, durante algún tiempo, explicaciones perfectamente claras, precisas, directas, sobre los misterios del nacimiento, de la muerte y del porvenir. Proseguiendo estos estudios, causa irritación al principio, la dificultad de comprender lo que los ocultistas creen realmente con respecto al estado futuro, la naturaleza de la vida por venir y su conjunto general.

Las religiones conocidas tienen puntos de vista muy restringidos sobre estos asuntos, y en el orden práctico afirman algunas de ellas que personas calificadas, delegadas por las iglesias, pueden enviar a las almas desencarnadas por el bueno o mal camino según la confianza que estas almas les inspiran. Estas clases de teorías son inteligibles y tienen al menos el mérito de la sim-

plicidad, pero no son suficientes para el espíritu en cuanto a los detalles.

El estudiante reconocerá después de cortas investigaciones en el dominio de la filosofía oculta, que en ella no encontrará ningún concepto que pueda ofender su más puro ideal, sea que se trate de Dios o de la vida futura. Rápidamente verá que el sistema de ideas que explora va hasta los extremos límites de lo grande y de lo majestuoso... accesibles al espíritu humano.

Pero él buscará, para no quedar en lo vago, enseñanzas explícitas sobre tal o cual punto, hasta que compruebe gradualmente que la verdad absoluta sobre el origen y destinos del alma humana es muy sutil y complicada para que pueda expresarse en un lenguaje directo.

Ideas perfectamente claras pueden ser adquiridas por aquellos espíritus purificados de vistas avanzadas en el ocultismo, que habiendo concentrado todas sus facultades en proseguir y asimilar estas ideas, llegan al fin a comprenderlas, gracias al auxilio de facultades intelectuales particulares especialmente desenvueltas con este fin; pero no sigue de todo esto que, con la mejor voluntad del mundo, tales personas puedan necesariamente resumir en una docena de líneas un credo que abarque la teoría completa del Universo.

El estudio del ocultismo, aun para las gentes del mundo, sujetas por sus ocupaciones ordinarias, puede rápidamente ampliar y purificar la comprensión hasta el punto de permitir al espíritu comprobar lo absurdo de toda hipótesis religiosa errónea; pero la estructura absoluta de la creencia oculta es una cosa que, por su naturaleza, puede ser edificada solamente con lentitud en el espíritu de cada arquitecto espiritual. Esto justifica la repugnancia de los ocultistas a dar una explicación categórica de sus doctrinas. Ellos saben de manera cierta que las plantas vivaces del conocimiento deben germinar en el espíritu de cada hombre y no pueden ser trasplantadas cuando están en plena madurez al terreno de una inteligencia no preparada; ellas están bastante dispuestas a dar la semiente, pero todo hombre debe cultivar su propio árbol de la ciencia. Así como el Adepto *no es hecho,* sino que *llega* a ser, así en un menor grado, la persona que aspira a comprender al Adepto y su manera de ver, debe desenvolver por sí misma su facultad de comprensión pasando de las nociones rudimentarias a las conclusiones legítimas.



LA POLITICA Y KRISHNAMURTI

Con autorización del *Star Publishing Trust* publicamos esta selección de preguntas y respuestas, que tomamos del *Boletín de la Estrella*. Por las respuestas de Krishnamurti pueden tener una idea los lectores de cómo considera las cuestiones políticas un individuo que ha alcanzado la liberación.

Pregunta : ¿No es realmente anarquía y una peligrosa amenaza a la vida social la teoría de la libertad individual, ya que todas las sociedades tienen individuos con un concepto deficiente de sus deberes hacia los demás?

Krishnamurti : ¿Por qué os preocupáis de los demás? ¿Por qué no vivís vosotros mismos? Siempre os estáis ocupando de vuestro vecino, de su debilidad, de su murmuración y su corruptibilidad. Os ocupáis del crimen y del criminal. Llamáis anarquía a la libertad individual. Si el individuo no es feliz, como no lo es en la actualidad, crea el caos y la anarquía a su alrededor, por su egoísmo, y por su crueldad...

...Todos estáis muy interesados en ayudar a otro. Es una cosa encantadora ayudar a otro; pero ¿qué es vuestra ayuda? ¿Llevarlo a otra jaula, a otro caos y a otra sombra? ¿O queréis que sea libre, que evolucione en su propia belleza? Hay dos clases de influencias—una tiránica, y la otra que estimula, que da comprensión, que da sencillez y afecto. Vuestra influencia es tiránica. Queréis que todos sean de una clase particular, y por eso teméis todas estas religiones, estos actos de moralidad. Pero existe la otra influencia, que, cuando en verdad se entiende, nutre, estimula, porque cada individuo, por sí mismo y a través de sí mismo tiene que encontrar lo permanente.

Pregunta : Nos decís : «Si tenéis ansiedad, combatid al mundo entero». Pero la agitación encaminada a abolir alguna de las terribles crueldades de la vida social, ¿no nos acarrería un conflicto con las leyes y los gobiernos establecidos, llevándonos a tomar parte en revoluciones políticas, y aun a promoverlas?

Krishnamurti : Yo digo : «Si tenéis ansiedad, combatid al mundo entero». Quiero decir con eso que combatáis las cosas no esenciales que sirven de apoyo a la debilidad del yo. ¿No está claro? Entonces no vayáis por ahí diciendo que yo soy partidario de las revoluciones. Eso es pueril. En cuanto cambiéis el yo cam-

biáis el mundo entero. En cuanto hagáis incorruptible a vuestro propio yo, crearéis la luz en el mundo. La política, la sociología y todas esas cosas son el resultado de la corruptibilidad del yo. Son debilidades, son perversiones, y se producen por la debilidad y por la perversión que existen en el yo de cada individuo. Por lo tanto, si puede corregirse, fortalecerse y hacerse incorruptible al individuo, cambiarán vuestras leyes, vuestros códigos, vuestros gobiernos.

Pregunta : El invierno pasado fué terrible por la falta de trabajo, la depresión de los negocios, la miseria y los motines. Actuó la caridad, pero apenas se consideró la justicia. Es posible que no mejore la situación el próximo invierno en todo el territorio de los Estados Unidos. ¿Debe una persona que reaccione, quizá imprudentemente, a todo esto, buscar la felicidad de que habláis?

Krishnamurti: La felicidad no es una cosa que se consigue por exclusión; para servir de ayuda tenéis que rehusar agregaros a esta monstruosa civilización de crueldad, codicia y explotación. Esto depende de vosotros, como individuos. Cuando un árbol se seca y muere, el hombre animoso sembrará otra semilla—que es él mismo. Negarse a explotar y a sumarse a toda crueldad es oponerse a ella; es una negación del mal, que es otra forma de afirmar el bien. Al destruir creáis.

Pregunta : ¿Creéis que la experiencia rusa de abolir a Dios es un movimiento en la buena dirección?

Krishnamurti : El hombre crea a Dios por el temor. Los rusos, o cualquier otro pueblo, pueden destruir la idea de Dios; pero si el temor queda, crearán nuevos dioses; por tanto, el problema se reduce a una cuestión de temor : el tomar los objetivos externos por la realidad, en vez de comprender que la realidad está en nosotros mismos. En el momento en que hacéis objetiva la realidad, tiene que existir la creación de un «yo soy» superior, proyectado como Dios. Pero en la totalidad, donde no existen ni lo objetivo ni lo subjetivo, no hay lo que se llama «tú» y «yo». Cuando existe el «tú» y el «yo» hay separación, y, por consecuencia, ilusión de objeto y sujeto; y de esta división proviene el temor, y del temor nace la busca de comodidad. A ese santuario de comodidad le dais nombres, como por ejemplo, «Dios».

El propósito del hombre es ser vida pura, ya que la mayor parte de la gente es subhumana. Esto no es una acusación; os explicaré lo que quiere significar. La naturaleza logra su plenitud en el hombre, esto es, la función de la naturaleza es crear un ser aislado, consciente de sí mismo, un individuo. Y la plenitud del hombre está en llegar a ser completo, total, en no conocer la separación. Por eso vosotros, como individuos, debéis ser hom-

bres puros, sin las cualidades de la vida subhumana, como son la codicia, el instinto gregario, el amor a las posesiones, la crueldad. Cuando estéis libres de todo eso seréis hombres puros, que han realizado la totalidad de la vida sin distinción, que carecen del sentimiento de objeto y sujeto.

Hacéis muchas experiencias como imágenes esculpidas, creadas por el hombre a causa del temor, pero si no arrojáis ese temor que hay dentro de vosotros, de nada servirá destruir las cosas externas. Por tanto, procurad individualmente estar libres de temor. Sólo podréis comprobar hasta qué grado estáis libres de temor, no cediendo a él, pues cuanto más cedáis, más aumenta. Podéis derrocar iglesias, religiones, dioses, pero si no habéis hecho desaparecer la causa de estas cosas, que es el temor, en vano destruiréis sus meras manifestaciones.

Pregunta : Cuando nos instáis a rebelarnos contra el mundo, ¿queréis decir que hemos de destruir, y hacer que otros destruyan, las instituciones externas existente, asambleas, leyes; o creeis que cada cual debe destruir su propia confianza en estas limitaciones externas o su temor a ellas? En otras palabras: ¿Es la anarquía para todo el mundo lo que defendéis, o es el propio dominio para los pocos que lleguen a ser bastante fuertes y puros para intentarlo?

Krishnamurti : Si queréis quebrantar las leyes externas, me temo que éstas os quebrantarán a vosotros. Los Gobiernos no lo consentirían. Lo importante es destruir el temor, la confianza en las cosas externas. En otras palabras; ésta es una cuestión individual. Si teméis, os apoyáis en lo externo para tener una conducta recta. Debéis destruir todas esas cosas que os mantienen en la rectitud, porque depender de ellas entraña debilidad de carácter. No se trata de quebrantar las leyes externas, sino de que destruyáis por vosotros mismos todas esas cosas que tienden a producir una fuerza artificial que procede del exterior. Es decir, debéis revolucionaros inteligentemente dentro de vosotros contra todas esas cosas no esenciales, y convertiros así en una dinamo, en una fuerza que por su potencia inherente destruya todo lo superficial, lo falso, lo no esencial que llegue a ponerse en contacto con vosotros. Al fin y al cabo, las leyes y las instituciones son todas creación nuestra. El individuo crea, y por lo tanto, puede cambiar las cosas; quizá le lleve tiempo, pero en el último término, sólo el individuo es responsable de todas las leyes, de todas las instituciones. Si el individuo es débil, no lo bastante fuerte para apoyarse en su propia autoridad, podrá derribar las instituciones, pero creará otras nuevas. Se trata, pues, de hacer

al individuo fuerte, vital, enérgico, sereno e imperturbable, y para eso el individuo debe rebelarse contra todo lo irreal.

En otras palabras : «¿Es la anarquia para todo el mundo lo que defendéis, o es el propio dominio para los pocos que lleguen a ser bastante fuertes y puros para intentarlo?»

Es el propio dominio para todos, no para unos pocos. Porque los pocos despertarán en otros el deseo de gobernarse a sí mismos.

Pregunta : Un jefe importante del partido laborista me preguntó : ¿Qué puede el partido laborista ganar con Krishnamurti? ¿Queréis hacer el favor de contestar a esta pregunta en pocas palabras?

Krishnamurti : Un partido nada tiene que ganar de quien no pertenece a ningún partido. Ésa es mi primera respuesta. La vida no se divide en partidos—conservador, comunista, laborista o socialista. La vida es una, y por ella debe haber las mismas oportunidades para todos—no para unos cuantos, no para los ricos, no para las clases elevadas, sino para todo el pueblo. Si se labora en pro de un gobierno cuyas leyes tendieran a ese fin—dar iguales oportunidades a todos, sin tener en cuenta su clase o fortuna, entonces tal gobierno sería digno de ese nombre. Y entonces no se le llamaría laborista o conservador; protegería a todos los hombres, no a unos pocos.

La política es una de las ramas de un árbol; el hombre sabio cuida las raíces del árbol, y no sólo poda las ramas. Se ocupa de que los gusanos no coman las raíces, cuida de ellas y las alimenta; y entonces las hojas, las ramas, las frutas y las flores del árbol permanecerán sanas, normales, vitales y puras.

Preguntas : ¿Consideráis que el individuo que aspira a la liberación individual y trabaja activamente por ella, pierde el tiempo si también toma parte en los movimientos de las masas, tales como un gobierno del pais, o la organización de la opinión publica? Además, si él toma parte, ¿no es la legislación o la creación de opinión pública, que aspire a realizar una mayor libertad para todos los individuos, de gran valor en su trabajo por la liberación?

Krishnamurti : Al buscar la liberación no déis importancia al individuo, sino al propósito de la existencia individual—dos cosas totalmente distintas. Una hace crecer la individualidad más y más; la otra lo incluye todo. Cuando un hombre, con esa idea de liberación, trabaja—como debe hacerlo—en favor de los gobiernos para organizar la creación de la opinión pública, con la idea de incluir el todo, no lo particular, la totalidad y no el individuo, la creación de oportunidades para todos sin tener en cuenta las

clases, entonces este hombre laborará para efectuar la plena realización de la vida una; pero si únicamente trabaja para multiplicar los muchos «yo soy», es en vano. El verdadero propósito del gobierno, de la educación, del pensamiento, es hacer desaparecer las divisiones creadas por la mente, tales como rico y pobre, comunista y conservador. En el momento en que os déis cuenta de esta idea central de unidad, veréis que el verdadero gobierno, en vez de representar el papel de tirano, debe buscar el bien de todos. Ése es el verdadero gobierno. Si creáis opinión pública que trascienda todas las barreras que hay entre las gentes, entre las naciones y las banderas, entonces laboráis para que comprendan todos los individuos.

Pregunta : ¿Tenéis la bondad de decirnos, como hijo de la India que sois, cuál es es vuestra opinión con respecto al problema indio?

Krishnamurti : He explicado antes que para mí la política no es sino una rama de un árbol, y a mí me interesan las raices del árbol. Cuando a todos les importe la raíz, la fuente, no habrá ya predicación ni esfuerzo para reformar a otro. Cuando exista tal condición el hombre será vedaderamente feliz, porque entonces tratará lo mismo a todos sus vecinos. Ya sea un problema indio, inglés o europeo, lo miraréis desde el punto de vista del conjunto; no de la parte. Ahora sólo miráis al problema desde el punto de del síntoma no del principio subyacente.

Yo personalmente no tengo nacionalidad. Tengo un pasaporte inglés, pero es con objeto de poder pasar diferentes fronteras creadas por los hombres.

Yo hablo de esa vida que está en todos los países, más allá de todas las fronteras y limitaciones. Todos los hombres deben ser libres y no estar dominados por otros, ni espiritual ni políticamente, ni por el dinero o el poder. No debe haber dominación de uno sobre muchos ni de uno sobre otro.

Eso es lo que puedo contestar a esa pregunta.

Actuar con tibertad es recuperarnos a nosotros mismos. Es colocarnos en la inmanencia pura.

BERGSON

En la más infima sustbncia los ojos que ahonden como ahondan los de Dios, leerán toda la amplitud que llena el universo.

LEIBNITZ



IDEAS COHETES

ASPIRACIÓN

Por Attilio Bruschetti

¿De dónde viene el descontento que sentimos siempre en el fondo del alma? Hay quien quisiera más comodidades, más riquezas, más amor, más gloria, y otros quisieran más paz y la van buscando por todas partes sin encontrarla.

Es conocido el relato de aquél que peregrinaba por todo el mundo buscando al Santo Graal y cuando descorazonado volvía hacia su país, encontró por el camino a un pobre al que ayudó en lo que pudo. Con su gran estupefacción vió transfigurarse el pobre en un ser radiante de luz que le decía : ya conoces el Santo Graal, no estaba lejos de tí en extraño país, sinó en ti mismo.

Mientras nosotros aspiramos a conseguir algo externo, huye de nosotros la verdadera paz, que reside en nuestro corazón rodeada, como reina inmortal, por un eterno nimbo de Luz.

Pero ¿qué es la Luz sino la contraparte de las tinieblas? ¿Cómo podemos conocer la luz si no salimos de las tinieblas para comparar lo oscuro con lo que fulgura? ¿Y qué son las tinieblas sino las nubes que hemos dejado surgir delante del sol de nuestra alma?

¿Podemos acaso conocer el bien si no hemos conocido el mal?

En el Génesis, que nos enseñaron a deletrear en nuestra infancia, cuando aun no sabíamos vestirnos, sin darnos una sencilla explicación de su profundo esoterismo, encontramos en el paraiso terrenal a Eva que se deja seducir por la serpiente. Esa serpiente, que esotéricamente ha sido siempre considerada como símbolo de la sabiduría, según los exégetas pedantes y orgullosos que dieron con ello prueba evidente de su incapacidad, dió a Eva un pérfido consejo, causa de la perdición de todo el género humano. Dijo la serpiente a la primera mujer : *Eritis sicut Deus scientes bonum et malum* (seréis como Dios conociendo el bien y el mal). Se dijo que el mismo Lucifer en forma de serpiente infiltró el sentimiento del orgullo y de la rebeldía en la frágil mujer, induciéndola a des-

obedecer el mandato divino de no comer el fruto del árbol del conocimiento.

No recuerdo quien fué el padre de la Iglesia que decía que en la Biblia se encontraban cosas tan infantiles que no podían ser tomadas al pie de la letra y que incitaban al pensador para que intentara descubrir su sentido oculto.

La tentación de la serpiente que despertaba la curiosidad de la primera mujer fué la mejor lección que se dió a la Humanidad.

La rebelión de Lucifer, en su forma mítica, es el principio de la manifestación divina en la materia.

Cuando las mónadas procedentes del seno del Padre bajando al Paraiso terrenal se encontraron en una completa inconsciencia, necesitaban quien las empujase para penetrar en la materia. Debían pues profundizar en el abismo de las tinieblas para poder salir de ellas después de haber conquistado, por medio de sus esfuerzos y experiencias, la gloria del Padre del cual procedían.

¿Era pues Lucifer un ser abominable como nos lo han pintado, si aconsejaba a Eva que comiera el fruto del árbol del conocimiento? ¿No le daba acaso el mejor consejo posible, ya que la rebeldía por la cual él mismo fué echado de los cielos le había proporcionado a él el verdadero conocimiento y él podía darlo a los demás que deben seguir el camino de la evolución?

¿De qué sirve al hombre la obediencia ciega? El error, el pecado y el peligro con su consiguiente dolor nos hace abrir los ojos del Espíritu, que estaba durmiendo cuando cayó en la materia.

¡Qué lento es el despertar del espiritu! ¿No vemos cuánto nos cuesta despertar a un niño cuando está profundamente dormido? Pues pensemos en las múltiples clases de materia que envuelven como vestidos y colchas túpidas, ese sér espiritual que es nuestra verdadera y única esencia. Despertaron antes los sentidos y dijeron : aquí estamos nosotros, los únicos dueños. Vienen luego los sentimientos y las pasiones y se erigen en reyes, pero la mente exclama: yo soy el emperador y me serviré de vosotros a mi antojo.

Y esos tres caballos desbocados corretean sueltos por el encantado jardín de Maya. No toquéis esas flores, dice una voz interna, lejana y con sonido apagado como en un sueño, ¡no toquéis esas flores! Cada una de ellas tiene una sierpe enroscada en su tallo. Son venenosas. ¡Huíd! Dejadlas. Su perfume es embriagador, pero es mortal.

Pero el alma es voluble como un niño y nosotros que nos consideramos como hombres y mujeres somos como niños de cortos años y nuestra alma se deja engañar miles, millones de veces antes de aprender una sola lección provechosa.

Hasta en las cosas triviales y que hacemos maquinalmente to-

dos los días, estamos tan atrasados que hasta parece vergonzoso que no nos mejoremos en nuestro provecho. Y sin embargo hemos tenido siempre una aspiración : ser felices. ¿Sabemos poner los medios para alcanzar este fin?

En nuestra ignorancia nos sirve nuestra imaginación para dar forma a un deseo banal de algo, cuya consecución nos interesa y allí dirigimos nuestros esfuerzos. Cuando se cumplió aquéllo que deseábamos conseguir, vimos que fué una sombra y que no fué la felicidad el premio que ansiábamos, fué como el puñado de arena que Dante echara en las fauces del Cancerbero insaciable. Sí, nuestros cuerpos físico, emotivo y mental son las tres cabezas del hambriento Cancerbero.

Pero esos deseos de felicidad insatisfecha son lecciones provechosas para el hombre que empieza a pensar y que empieza a comprender, porque despiertan el discernimiento.

Desde ese momento el alma se da cuenta que dentro de ella hay un aguijón punzante que le hace aspirar a algo elevado que ignora donde se encuentra, porque es inasequible para quien lo busca en el mundo externo.

La impaciencia, la incertidumbre sacuden el alma que tiembla como una hoja agitada por el viento. ¿Quién me ayudará? ¿Quién me sacará de dudas? Indaga, pregunta, estudia, pero cuanto más tiempo pasa mayor es la confusión que llena su mente. No se estudia la física, la química y la astronomía, ¿por qué no se puede conseguir también por medio del estudio en los libros, la ciencia de la paz, de la felicidad y de la suprema Verdad?

Precisamente por esto mismo, porque se ha fiado todo a la inteligencia, nuestra civilización está tan atrasada. Por supuesto que hablo del adelanto espiritual, o sea de ese adelanto que tiene que traer la verdadera felicidad del género humano.

¿No nos prometen las religiones esa misma felicidad? ¿Pero la consiguen sus secuaces? Casi ninguno la alcanza y los pocos que la alcanzaron en verdad, como ciertos místicos, fueron excomulgados. Sus peores enemigos fueron precisamente los altos dignatarios de su propia religión.

¿Por qué tanta enemistad? Porque precisamente esos místicos se emanciparon y siguieron su camino tal como se lo indicaba el ardor de su alma liberada de todas las creencias que la ligaban a la letra muerta que hasta entonces los había esclavizado.

El entusiasmo, que quiere decir endiosamiento, debe llevar el alma hacia el reino ideal de la paz y de la felicidad, más para ello debe desbordarse por completo de nuestro corazón en cada momento de nuestra vida. No puede haber aspiración sin entusiasmo y cuando aspiramos a la felicidad debemos henchir nuestro

corazón de bondad, dándonos por completo al mundo por medio del sacrificio. No hay otro camino, aunque cada cual vaya por él de distinto modo.

Íbamos un día por la cumbre de una montaña en compañía de un indú muy adelantado y de pronto se paró y bajó recogiendo del suelo una pequeña langosta que estaba a punto de pisar. Se asomó después a la ladera del monte lleno de pinos y allí echó la langosta lejos del camino.

Ese respeto a la vida de todos los seres es el primer paso que nos une a la Vida Una que en sus infinitos reinos puebla el Universo.

Vivir quiere decir aspirar a comprender y sentir como formamos parte de esta única vida que en todo palpita. Aspirar es vivir para darnos a ella por completo dominando nuestros tres cuerpos para que nos sirvan debidamente en provecho del bien del Todo.

Haciéndolo así un día podremos oir la voz insonora de nuestro dios interno que nos indique que nuestra aspiración alcanzó a hacer de nosotros un colaborador de los M. M. que con los brazos abiertos nos están esperando en la otra orilla del río que separa este mundo mortal del mundo de la inmortalidad.

LA VERDAD DE LOS ANTIGUOS

Para la emancipación de los pueblos

¡Pueblos! haceos vosotros mismos vuestra felicidad sin esperarla del gobierno. Las abejas son felices bajo la monarquía. Las hormigas son dichosas en república.

Cesad de constituir la plebe o resignaos a vivir como esclavos.

Si quieres formar parte del rebaño, soporta a los pastores y a los perros.

Hasta que conozcas bien las leyes de la armonía, tolera un bozal, al ejemplo de los tocadores de flauta. Que el maestro de lira se coloque cerca de la persona de vuestros magistrados.

¡Pueblos! Honrad todos la memoria de Numa. Éste legislador quería que todo ciudadano tuviese un campo.

La agricultura requiere los brazos de un hombre libre.

No vendimies en absoluto tus viñedos; deja a lo largo del camino algunos racimos para el viajero sediento.

¡Legisladores! ¡Magistrados! ¡Ciudadanos! Rendid culto asíduo a la justicia, la primera de las virtudes públicas, la gran divinidad de los imperios, la única providencia de las naciones.

¡Pueblos! Realizad el deseo de los sacerdotes de Egipto en favor del establecimiento de un idioma único que unirá a todos los hombres.

PITÁGORAS



DE REBUS OCCULTIS

El estudio de las cosas ocultas y lo relativo a ellas se denominó primitivamente Filosofía. — *Cicerone, Acad., c. 4.*

La "cara astral", y otras patologías

Por JINA-VÉSPERO

UNO de los más sinceros y virtuosos teósofos que he conocido en mi vida, me escribió cierto día lo que sigue:

«Nací en el año 1888, en una ciudad típicamente holandesa, surcada de canales cruzados por puentes de madera en los cuales, al pasar, retumbaban mis pisadas. Débil y soñador, gusté siempre de todo lo concerniente a las edades remotas y llegué a fabricar cantaritos extraños de barro, verdaderas ánforas exhornadas con serpientes. Cuando tenía cuatro años caí gravemente enfermo y, en los momentos de fiebre, veía delante de mi a un sér extraño, de manto gris, sin cabeza y en el sitio del cuello una colilla de hueso. El sér marchaba sobre el puente con paso firme, retumbante, pero, por extraña paradoja, *no parecía moverse de su sitio,* al contrario, se quedaba en medio del puente y yo seguía comtemplándole desde la orilla, agolpándose la sangre a mis sienes. La tal aparición distaba mucho de ser una obsesión o una pesadilla, aunque en ella veía siempre algo asaz espantoso para mí, y aun hoy, a mis años, siempre que padezco alguna alteración febril, la enigmática figura aquella reaparece...

«Cuando alcancé los 8 años, tuve otra visión, que, desde entonces, puedo a voluntad volver a ver si se me antoja, a diferencia del «caballero sin cabeza». Ella consiste en encontrarme en un salón espacioso, cuadrado, cercado de altas paredes de obsidiana o grisáceas recubiertas por figuras multicolores. El piso de la estancia está formado por grandes losas cubiertas también por figuras policromadas y arabescos. En el centro del recinto se muestra una gran piedra o ara sobre la que se halla un libro

abierto, de córneas o apergaminadas hojas algo traslúcidas, sujetas con una cuerda y con figuras y signos de diversos colores y que en algunos sitios despiden luz. Nunca he podido pasar de las dos primeras hojas de tal libro, una verdeoscura con signos rojos y otra azul oscura con signos azul claro, verdes y violáceos. Los signos de la primera son bastante irregulares en forma de casillas con grandes espacios y los de la segunda son muy regulares (circumferencias, polígonos, etc.)

»Otras veces me siento como suspendido en el espacio y veo una cabeza tocada con turbante azul oscuro, de ojos cerrados como en recogimiento, los que se entreabren a mi llegada y muestran unas pupilas brillantes y violáceas contorneadas por círculos irisados, principalmente verdes y rojos. De los círculos, a su vez, surgen como dos alas. Aunque la cabeza se me acerca, la veo siempre del mismo tamaño y como aparece en la adjunta fotografía. [1]

»Narrarle cuantos fenómenos experimento sería harto largo e increíble. Me limitaré a unos cuantos nada más. Cierta mañana otoñal, encontrándome en un sendero de la campiña próxima a la población contemplando las nubes, advertí que las nuves se rasgaban. mostrándoseme la cabeza de un hindú, gigantesca y como diáfana, con un disco violáceo en la frente, centro a su vez de múltiples irisaciones .y del que surge una alta y estrecha llamita, llenándolo todo con su luz. Otra vez me siento caer vertiginosamente de unas olas altísimas, de gris oscuro, o de una especie de niebla densa y tenaz, que me cerca y me ahoga... Cuando me llego a ver ya caído en el fondo, me vuelvo a ver en la cima. Otra vez, cruzando una estrecha calleja, me siento como transportado a una plaza extensa, pavimentada con grandes losas y

(1) · No hay necesidad de que demos aquí dicha fotografía, que se reduce a una bella cara de virgen o más de «andrógino» al estilo del célebre «Angel de Salcillo» y de tantas otras que podemos encontrar en grabados relativós a fenomenología oculta, pero si consignaremos que no es imposible para nadie que cultive las doctrinas espiritualistas el ver y aun obtener fotográficamente caras semejantes, cosa que nos recuerda añejos relatos recogidos en la capital de la Argentina de labios de los propios campeones del movimiento teosófico de primera hora en aquel continente. El difunto Comandante Federico W. Fernández y otros varios de sus compañeros me hablaron varias veces de las «fotografías astrales», obtenidas en sus primeras sesiones (sesiones celebradas al tenor de ciertos ritos solemnes) y algunas de las cuales aparecieron luego reproducidas en la revista *La Verdad*, dirigida por aquél. La tal «cara», en fin, es, a nuestro juicio, una de las mil variantes de la «terrible cara astral», que (el que suscribe entre ellas) ven en momentos culminantes de ciertas enfermedades nerviosas.

vestido por un amplio ropaje oriental blanco. Otra mañana primaveral, estando despierto en la cama, cuando los rayos del sol penetraban por las vidrieras, me quedé nuevamente dormido, viendo a un niño que jugaba en la arena de una llanura dilatadísima, caldeada por el sol. El niño en cuestión creció en unos instantes hasta ser ya un hombre que ahora jugaba con piedras brillantes multicolores. Con las piedras en una mano, el hombre se acercó a mí, mientras yo miraba codiciosamente tan hermosísimas joyas y me dijo tendiéndolas: «Tu sabes que soy Brahmá y te puedo posesionar de ellas», al par que las arrojaba en la arena, donde se desvanecían. «Búscalas en todo y las encontrarás y poseerás al fin». Entonces desperté. Cierta mañana deambulando por las calles de Amberes, me vi en una estancia de blancas paredes, con un nicho-ventana por única abertura, estudiando en una especie de hojas de tela pintada sobre una mesa sencilla, pero no podía ver el contenido de las hojas, sino a mí mismo en rara autoinspección. Por la abertura penetraba una vivisima luz, la cual vibraba también en todas las paredes, techo y suelo del recinto. Otra mañana de verano, al despertar, me sentí nuevamente dormido e impulsado con una velocidad vertiginosa, al lado de otro sér al que sólo oía sin alcanzar a verle o más bien él hacía resonar su voz dentro de mí mismo. Así cruzamos inmensas cordilleras, inacabables llanuras a la luz del alba, hasta divisar en la lontananza unas montañas azuladas sobre las que pasamos a gran altura, divisando un precioso paisaje, azulado todo y como envuelto en gasas de ensueño y más allá otras montañas más sublimes que para mí actualmente deberían ser inaccesibles... Lleno de deliciosa emoción desperté.»

Hasta aquí el comunicante, sobre cuya veracidad y poco aprecio de «fenomenologías» tengo confianza absoluta. En cuanto al comentario de todo ello, es más para un libro que para un artículo.

La alucinación de «la cabeza sin cuerpo» y su recíproca de «el cuerpo sin cabeza», es frecuentísima en los graves transtornos nerviosos y en las personas débiles. Ello dió lugar antaño a la leyenda del «caballero sin cabeza» que, en forma de «pliego de cordel» aún corre por esos mundos. (1) Al desdoblarse, en efecto, los cuerpos etéreos o astrales de sus correspondientes cuerpos físicos, las apariencias de aquéllos son las de «cabezas sin cuerpo» o al menos de cabezas con meras vestiduras fluídicas y flotantes complementarias como saben muy bien cuantos han presenciado

(1) Véase «El caballero sin cabeza», tomo I de las *Conferencias Teosóficas en América del Sur*, del Dr. Roso de Luna.

apariciones de este género en sueños o por fenomenología y, por reciprocidad, la visión inferior de tal conjunto es la de un «cuerpo sin cabeza» (1). Como ya apuntamos en nota anterior, la presentación de la «cabeza astral», repulsiva, cambiante, terrorífica, es una de las más frecuentes en los graves ataques histéricos o epilépticos, cual en nuestra juventud hubimos dolorosamente de comprobarlo y una de cuyas medicaciones mejores es la del poder de la música, cosa consignada en la propia *Biblia* cuando David ahuyentaba, mediante las notas de su arpa, los «malos espíritus» atormentadores del rey Saúl. El vértigo, tan bien descrito asímismo por nuestro comunicante suele determinarse después de semejantes desagradables presentaciones, sobre todo en los momentos de mayor gravedad, mientras que, al contrario, en las convalecencias la «cara» suele ser grata y hermosa, y los sueños o visiones, panorámicos, de gran argumento y de titilante y bellísimo ambiente restaurador, en el que «montañas azuladas», cual las de Persia, India y Tibet, campiñas y ríos deliciosos, «jinas de las piedras preciosas», «huríes» más o menos coránicas, etc., compensan con su bálsamo superhumano las negruras indescriptibles de esas enfermedades nerviosas denominadas «mal divino» y «frenesí mántico», etc., por los sabios.

Otro ensueño muy frecuente es también el tan magistralmente descrito en *El Despertar*, de Mabel Collins como «visita al astral Palacio de la Enseñanza», donde parece recibimos «enseñanzas», «videncias e iniciaciones» que rara vez luego podemos encontrar gravadas en nuestro cerebro físico, recordándolas, sino que quedan misteriosamente sumergidas en el saco sin fondo de nuestro Inconsciente, donde yacen, como las notas en el arpa abandonada de Bécquer, reminiscencias, intuiciones, vibraciones en fin, de posibles existencias anteriores en las que acaso morásemos en marmóreos palacios atlantes y lemures; o cursáramos penosos estudios de magia en criptas mexicanas o egipcias, viendo ante nuestros ojos luminosos o indescifrables jeroglíficos y símbolos en coloreados pergaminos, katunes o códices como los que aún conservan nuestros museos...

Todas estas cosas, sin embargo (y que vienen del mundo superliminal penetrando, como dicen *Las mil y una noches*, ora por la «puerta de marfil» de las intuiciones brotadas al calor fisiológico del estudio, ora por la patológica y dantesa «puerta del cuerno»), entrañan siempre un estado que médicamente hay que combatir, porque lo normal en la vida consiste precisamente en

---

(1) Véase «Varios fenómenos psíquicos de mi vida» en la segunda edición de *En el umbral del Misterio*, del Dr. Roso de Luna.

no tener conciencia de estas cosas, al modo de como el clásico deseaba «la mujer que no tuviese historia» o aquel otro que deseaba «hablasen todos de su hijo y ninguno de su hija». El Velo de Isis, en el fondo, no es otra cosa que ese algo, piadoso y protector, que fisiológicamente nos separa del mundo de lo astral, a la manera como la epidermis protege a nuestro cuerpo físico contra microbios patógenos y dolorosas rozaduras. Algo, en fin, cuyo rasgado extemporáneo y patológico nos llega a hacer ver «físicamente», o de abajo arriba, lo que sólo «mentalmente» deberíamos ver, de arriba a abajo, por el estudio, ya que, como se ha dicho siempre por los sabios: *Experimentum periculosum...*

LA CUMBRE

La Cumbre es sólo un símbolo del ideal humano
en el supremo esfuerzo de alcanzar la Verdad;
apoteosis mística del hombre ante el Arcano,
al rasgar el secreto de su divinidad.

La cumbre es como un sueño que se hace real al hombre
al sentirse en el alma de toda la Creación;
y es a un tiempo la Vida y la Verdad, sin nombre,
y el profundo latido de inmenso Corazón.

La Cumbre es la Gloriosa consumación de un viaje
que culmina en lo Eterno a través de lo irreal;
en el maravilloso y divino engranaje
de Materia y Espíritu, Sombra y Luz, Bien y Mal.

La Cumbre es la Guirnalda de la humana experiencia
que abre sus rosas de oro al júbilo del Sol,
despertar a la Vida de la gran Omniscencia,
floralia del Espíritu a través del Dolor.

La Cumbre es el instinto de todos los Caminos,
en la afanosa búsqueda por la Felicidad,
la única Luz, la Fuente de mundos y destinos,
la Meta esplendorosa de Paz y Libertad.

R. DE LA PAZ HERNÁNDEZ

La juventud y las masas

Por C. Jinarajadasa

Los jóvenes, hombres y mujeres, tienen justamente ahora en el mundo oportunidades excepcionales para moldear la vida de su país. En muchos aspectos ésta es la época de la juventud, porque el Espíritu del Mundo está reconstruyendo el mundo según un nuevo molde. Las religiones pierden su influencia sobre las mujeres y los hombres cultos, y particularmente sobre los muchachos y muchachas conforme lleguen a su pleno desarrollo. Hay por todas partes en el mundo un espíritu de rebeldía, pero hay también un idealismo que tiende a la reconstrucción. Esta reconstrucción del mundo tiene que venir de los jóvenes de hoy, aunque aquellos de nosotros que somos más viejos hayamos hecho nuestra parte a fin de preparar el terreno para que ellos empiecen su labor.

El hecho particular que yo quisiera exponer ante los jóvenes es que pueden encontrar en las masas gran inspiración para sus actividades. De ordinario la juventud dedica su atención a los más selectos productos de la cultura, con el fin de obtener la inspiración que necesita. La literatura se considera frecuentemente como una indicación de los movimientos del Espíritu del Tiempo. Pero creo que una indicación mucho más cierta se encuentra en los pensamientos y sentimientos de las masas. El Espíritu del Mundo produce ciertamente flores de cultura entre las clases llamadas «educadas», pero el mismo Espíritu trabaja también de continuo con las masas obreras.

Gran ispiración pueden obtener aquéllos que se dediquen a comprender a las masas. Las masas pueden ser ignorantes, y pueden estar en la mayor miseria, más con su ignorancia y su miseria van semillas de gran belleza. Las masas que sufren son una expresión de la humanidad, y donde quiera que esté la humanidad, también la Divinidad está latente. Por tanto, yo recomendaría a los jóvenes que quieran ser guías en el mundo, que nunca olviden a las masas.

Sabemos por experiencia cuanto nos inspira una gran composición musical, hasta que punto la contemplación de una puesta de sol es como un bálsamo de una herida. Exactamente de la misma manera, para aquél que en verdad comprende, ir entre las masas y tratar de comprender sus dificultades, y especialmente simpatizar con su sufrimiento, es una inspiración que le conduce a un gran descubrimiento de sí mismo.

Aunque a primera vista la cultura parezca producirse por las clases educadas, debemos recordar que esas clases educadas tienen su raiz en las masas. Por consiguiente, en estos tiempos de cambio, si no se encuentra inspiración en la cultura actual, estoy seguro de que siempre se puede encontrar esa inspiración si se va a las masas con un sentimiento de reverencia, y se aspira a unirse con sus sufrimientos y sus ideales.

(De *The Theosophist*).

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Einstein en Norteamérica.—Copiamos a continuación algunas de las declaraciones que el Profesor Einstein hizo a *Sunday Dispatch* en su reciente visita a Norteamérica. Dice:

«La cosa más bella que podemos experimentar es lo misterioso. Es la búsqueda continua de todo arte y ciencia verdaderos. Aquél que es estraño a esta emoción, que no se detiene a admirarla y ante ella no se estremece, semejante hombre está como muerto, sus ojos están cerrados. Este pensamiento profundo del misterio de la vida, unido, aunque sea con el miedo, es lo que ha dado también origen a la religión.

»El centro de toda verdadera religión se halla en que lo impenetrable para el hombre existe realmente, manifestándose como la más elevada sabiduría y radiante belleza, de las que nuestras pobres facultades solamente pueden percibir sus más primitivas formas.

»En este sentido y sólo en esto pertenezco al rango de los hombres devotos y religiosos.

»No puedo imaginarme un Dios que premie y castigue los objetos de su creación, cuyos propósitos estén modelados según los nuestros, un Dios, en fin, que sea simplemente el reflejo de las debilidades humanas. Tampoco puedo creer que la individualidad sobreviva a la muerte de su cuerpo, aunque almas débiles alberguen semejantes pensamientos a través del miedo o ridículo egotismo.

«Me basta contemplar el misterio de la vida consciente perpetuándose a través de toda eternidad, para reflejarse en la maravillosa estructura del universo, en el cual ofuscamente podemos percibir y tratar humildente de comprender, aunque no sea más que en ínfima parte, algo de la inteligencia manifestada en la naturaleza.»

El pensamiento de que el individuo no sobrevive a la muerte de su cuerpo, tomada en un sentido abstracto, puede ser lógica. Esto es, que cuando el hombre real que, según la Sabiduría Antigua, es esta misma «vida consciente», se ha perpetuado a través de cuerpos humanos durante infinidad de encarnaciones y ha purificado estas formas hasta que la «vida conciente» se manifiesta tal cual ella es, entonces el individuo como tal deja de existir para siempre y permanece solo la vida una, suprema, total, en la que no existe el «tu» y el «yo», si no la más perfecta y absoluta unidad.

Por lo demás y en cuanto al punto de vista científico, la visita del Dr. Einstein, dice Herbert Radcliffe, habrá sido una muy agradable y beneficiosa experiencia para Norte-América. Los resultados de sus conferencias se apreciarán con el tiempo, si bien ya es posible preverlos desde ahora. Por el momento, aunque sea por pocos días, habrá atraído la atención de las gentes (sacándoles de las triviales y efímeras superficialidades de la existencia) hacia el estimulante pensamiento de las verdades eternas con las que el Dr. Einstein está interesado.

Sus teorías sobre la relatividad, sus propósitos de unir nuestra presente comprensión de las grandes leyes de la naturaleza y de las fuerzas como la luz, gravitación, electricidad, etc., en una fórmula que abarque los términos de espacio, dimensión, tiempo, tienen, aunque no lo parezca a primera vista, muchos puntos de contacto con la Teosofía.

(Notas entresacadas del «Theosophist» y «World Theosophist»).

La vidente Mataloni.—(De «La Vanguardia», cable enviado desde Roma). «Varios cónsules extranjeros residentes en Roma se han reunido en las excavaciones de Capena, donde la vidente Mataloni ha descubierto las tumbas etruscas. Se hallaban también presentes algunos senadores y diputados y numerosos periodistas nacionales y extranjeros.

La señora Mataloni realizó algunos experimentos indicando la situación de algunas tumbas que fueron puestas a la luz y de las cuales se sacaron ánforas y otros objetos.—Stefani». Copiamos la noticia porque siempre es interesante ver como en el mundo oficial se efectúan pruebas que demuestran que la clarividencia es un poder del hombre, tal como preconiza la Teosofía.

Enfermedad del Dr. J. I. Wedgwood.—En octubre pasado el doctor en ciencias J. I. Wedgwood cayó gravemente enfermo y el médico ordenó su inmediato y absoluto descanso, con exclusión de todo trabajo. Tiene que permanecer en este estado de completo reposo para dominar la aguda postración nerviosa que ha originado un exceso de actividad, por lo menos durante seis meses. Se le ha prohibido recibir correspondencia y entrevistas y es objeto de todas las atenciones. A pesar de ello no mejora en su salud en la forma que en un principio se esperaba, y puede ser necesario mayor tiempo del que se calculó para apreciar un definido progreso. Muchos amigos se interesan en su restablecimiento y confiemos que sea en breve. (De «New and Notes»).

Nos unimos al deseo de la Sección Inglesa, y quiera el Karma que no esté muy lejano el día en que el Dr. Wedgwood, con plena

vitalidad, pueda reanudar la interesante labor que había comenzado en Europa en pro de varios movimientos.

Krishnamurti en Holanda.—Por una carta recibida de Amsterdam nos enteramos que Krishnamurti pronunció una conferencia sobre «Los Problemas de la Vida», desde la estación de radio de Huizen irradiada por todo Europa.

Por la revista «La Estrella», también nos enteramos de que ha recobrado casi por entero la salud, habiendo celebrado este año la primera reunión en el Castillo de Eerde, que duró del 6 al 10 de febrero, donde un grupo de unas 40 personas asistía todas las mañanas a sus pláticas.

Durante los últimos meses y aún durante su enfermedad, Krishnamurti ha manifestado muchas nuevas ideas. Y es altamente interesante—dice la mencionada revista—seguir el desarrollo gradual de su pensamiento; pues aunque la idea fundamental sobre la que descansa su total enseñanza es siempre la misma, en todo momento ofrece la riqueza de un nuevo punto de vista, de un más completo desenvolvimiento de su poder creador.

Oportunamente aparecerán reportajes completos de todas estas pláticas en la revista «La Estrella».

Sir Artur Conan Doyle.—En el número de enero del *Cosmopolitan*, de Londres, aparece un artículo del Sr. Harry Price, fundador y director del Laboratorio Nacional de Investigaciones Psíquicas de Londres, en el que relata minuciosamente una comunicación con Doyle.

Price y Doyle fueron diametralmente opuestos referente a las causas del fenómeno psíquico. Doyle sostenía la hipótesis espiritual y aceptaba el espiritismo como una religión, mientras que Price presentaba la teoría anímica como la explicación del fenómeno e insistía en que el sujeto o medium había de ser observado científicamente.

Desde el punto de vista técnico la comunicación reviste cierto interés por ser Price más bien un escéptico y haberla llevado a cabo con la máxima precaución y rigurosidad científica.

De la comunicación sólo transcribimos la descripción de Doyle referente al mundo en que se encuentra, el cual guarda analogía con la enseñanza teosófica de los subplanos del plano astral que siguen inmediatamente al físico.

«Creo—dice Doyle—que la gente quedará sorprendida cuando digo que el mundo en que estoy viviendo es considerablemente parecido al que acabo de dejar. Me encuentro en plena actividad en aquéllo que antes de morir hacía. En este mundo no hay sufri-

miento, pero las emociones son muchísimo más intensas que en el físico. Me inspiro con mayor facilidad. Mi estado es corpóreo; he de afrontar la vida siniestra; esto no es el cielo ni el infierno sino una combinación de ambos. Es el principio y me parece que tiende a confirmar la teoría reencarnacionista, pasando el alma a través de muchas fases. Mi alma tiene forma corpórea; los científicos no estarán de acuerdo conmigo, pero todavía soy «material», y mientras dure este estado en el que sea material, me encuentro el mismo hombre que fuí en la tierra.»

(De «World Theosophist»).

El Aura Humana.—En 1911 el Dr. Kilner publicó un libro en el que desarrollaba el método y las experiencias de sus estudios sobre la aura humana. El libro estaba especialmente dirigido a los hombres de medicina como una ayuda para las diagnosis. En 1920, en una nueva edición del libro se consigna que un 95 % de las personas pueden ver el aura en condiciones de visión normales. Para ello es necesario que el observador permanezca en un cuarto obscuro por unos minutos y entonces mirar al cuerpo desnudo del sujeto a través de unos lentes preparados al caso y revestidos con una solución alcohólica de un alquitrán carbonizado llamado *dicynin*. Procediendo la luz detrás del observador y usando lentes de varios matices la sensibilidad de la retina aumenta para la percepción de rayos ultravioleta. Alrededor del cuerpo observado aparece una faja opaca que el Dr. Kilner conviene en llamar el aura, extendiéndose generalmente de 8 a 10 pulgadas en las mujeres y de 4 a 5 en los hombres.

El aura es normalmente de un azulado-verde y estriada en su estructura. En condiciones anormales de salud tiene una apariencia granular y su color cambia de acuerdo con las vibraciones mentales y emotivas.

En 1897 el Sr. C. W Leadbeater ya publicó una conferencia en la que decía que una mayoría de miembros de la S. T. aceptaban que el cuerpo humano estaba rodeado de una especie de nube luminosa que se había convenido en llamar el aura.

Además de describir con claridad y precisión cuatro auras explica una serie de 16 colores y matices correspondientes a una especial vibración de pensamiento y emoción.

Los medios empleados para la observación fueron puramente poderes naturales gradualmente desenvueltos hasta la clarividencia. Sin embargo, aunque sea por medios artificiales, a los que forzosamente la ciencia ha de recurrir, es muy interesante que poco a poco se vayan confirmando los descubrimientos de nuestros líderes teosóficos.

Imprenta de Juan Sallent.—San Quírico, 32 y Jovellanos, 26 al 28. — Sabadell

Teosofía y Sociedad Teosófica

La palabra *Teosofía* significa «Sabiduría divina». La Teosofía es a la vez una filosofía, una religión y una ciencia; pero, opuestamente a lo que muchos pueden creer, no es una religión nueva: es, por decirlo así, la síntesis de todas las religiones, el cuerpo de verdades que constituye el fondo de todas ellas.

La adhesión incondicional a la Verdad es su credo, y honrar toda verdad por los propios actos es su ritual.

Los miembros de la Sociedad Teosófica están ligados entre sí por sólidos lazos de mutuo respeto y amplia tolerancia, a la vez que por una aspiración única: la investigación de la Verdad, donde quiera que se halle.

Estudiar, inquirir, trabajar con ahinco para llegar a la intuición verdadera, esto es, a la percepción clara y directa de la Verdad: he aquí el constante afán del teósofo. De ahí el lema adoptado por la Sociedad Teosófica: NO HAY RELIGIÓN SUPERIOR A LA VERDAD *(Satyât nâsti paro dharmah)*.

La Teosofía pone de manifiesto que, por la sencilla razón de que la Verdad no puede estar en pugna consigo misma, lejos de ser antagonista e incompatible la verdadera Ciencia con la verdadera Religión, reina entre una y otra la armonía más perfecta.

Ayudar a la investigación de la Verdad, aportar al mundo nuevas y sublimes enseñanzas, infundir en la mente ideas de altruísmo, abnegación y espíritu de sacrificio, poner fin a fanáticas intolerancias y enconados antagonismos, a odios inveterados de raza, clase y nacionalidad que acibaran la existencia, cimentar la sociedad humana sobre una firme base de paz y amor fraternal, acelerar la evolución del hombre fomentando su progreso intelectual y moral, elevar a la humanidad, mediante el desarrollo de sus facultades más nobles, hasta un grado de perfección muy superior al que ahora tiene, en una palabra, hacer del hombre un superhombre, un sér semidivino: estos son los fines para que fué fundada la Sociedad Teosófica en Nueva York, el día 17 de Noviembre de 1875, por la veneranda H. P. Blavatsky y el coronel H. S. Olcott, y cuyo actual Presidente es Mrs. Annie Besant, residente en Adyar (Madrás), India inglesa, donde está el Centro principal de la Sociedad, cuyas Ramas se han ido extendiendo rápidamente por todo el orbe.

Objetos de la Sociedad Teosófica

1.° Formar un núcleo de Fraternidad universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta o color.

2.° Fomentar el estudio comparativo de las religiones, literaturas y ciencias de los Arios y de otros pueblos orientales.

3.° Investigar las leyes inexplicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre. (Sólo una parte de los miembros de la Sociedad se dedica a este objeto).

La adhesión al primero de estos objetos es indispensable requisito para cualquiera que desee ingresar en la Sociedad Teosófica.

A ninguno de los aspirantes se le pregunta acerca de sus opiniones religiosas ni políticas; pero en cambio se exige a todos, antes de su admisión, la formal promesa de respetar las creencias de los demás miembros.

Libertad de pensamiento

Como quiera que la Sociedad Teosófica se ha difundido ampliamente por todo el mundo civilizado y cuenta en su seno con miembros de todas las religiones que no renuncian a los dogmas peculiares de su respectiva fe, conviene tener muy presente que ninguna doctrina ni opinión, sea quien sea quien la enseñe o mantenga, liga en modo alguno a ningún miembro de la Sociedad, pues todos son libres de aceptarlas o rechazarlas. El único requisito exigido para formar parte de la Sociedad Teosófica es la aceptación de sus tres objetos. Ningún instructor ni tratadista, desde H. P. Blavatsky abajo, tiene autoridad para imponer sus enseñanzas u opiniones a los miembros. Todos los miembros tienen igual derecho para adherirse al instructor o a la escuela filosófica de su elección; pero no tiene derecho para forzar a otro a que abrace la misma opinión. A ningún miembro de la Sociedad Teosófica se le puede negar el derecho de voto y el de ser candidato a los cargos oficiales por causa de las opiniones que mantenga o de la escuela filosófica a que pertenezca, pues las opiniones y creencias no confieren privilegios ni infligen penas. Los miembros del Consejo General ruegan encarecidamente a todos los miembros de la Sociedad Teosófica que mantengan y defiendan estos fundamentales principios de la Sociedad, que obren de conformidad con ellos y sin temor alguno ejerzan su derecho de libertad de pensamiento y el de su consiguiente expresión, dentro de los límites de la cortesía y consideración a los demás.